

¿por qué han fracasado en la España del siglo XX todos los movimientos revolucionarios?



Las constantes invocaciones a los «cuarenta años de paz» vividos con el franquismo, pierden toda significación y credibilidad cuando en ellos se incluyen los treinta y dos meses de la guerra más cruel librada en nuestro suelo (y de la que esta anciana que vemos junto a las ruinas de su casa es todo un símbolo), la represión que la siguió o la lucha guerrillera que se prolonga hasta 1960.

La imposible revolución

Eduardo de Guzmán

UNA mayoría de españoles empieza a comprender ahora que la dilatada etapa franquista no fue tan bucólica, placentera y feliz como durante décadas enteras nos la presentó una propaganda oficial, partidista y mitificadora de la verdad. Las constantes invoca-

ciones a los famosos «cuarenta años de paz» pierden toda significación y credibilidad cuando en ellos se incluyen los treinta y dos meses de la guerra más cruel librada en nuestro suelo, la dura represión que la siguió y los veintiún años de lucha guerrillera prolongada sin solución

de continuidad hasta enero de 1960. Estos cuatro lustros bien cumplidos de enfrentamientos armados —en los que se producen episodios tan dramáticos como los combates del valle de Arán, las emboscadas, los golpes de mano, las marchas y contramarchas en las serranías extremeñas y andaluzas, las llanuras

manchegas o las montañas catalanas y cantábricas— ocasionaron millares de víctimas, sistemáticamente silenciadas por unos servicios de información terca-mente empeñados en convencer a propios y extraños de que vivíamos en el mejor de los mundos posibles.



Ni derechas ni izquierdas, ni monárquicos ni republicanos, se distinguen en España por el cuidado y acierto en la preparación y ejecución de los movimientos revolucionarios emprendidos en el siglo XX. Se diría que en ellos —y como causa de su fracaso— ha predominado el espíritu y valor guerreros sobre la organización militar. (En la foto, disturbios en la madrileña calle de Atocha durante la «Dictadura» de Berenguer.)

Aparte de esto —suficiente por sí sólo para probar la falsedad de una propaganda y desmitificar un régimen supuestamente providencial—, se producen a lo largo del franquismo gran número de conspiraciones, intrigas y maniobras de carácter subversivo. Además de las intentonas izquierdistas —republicanas, socialistas, comunistas y libertarias—, aplastadas siempre en forma violenta y sin es-

catimar derramamientos de sangre, cabe registrar otras de fuerzas que contribuyeron al derrocamiento de la República —tradicionalistas, monárquicas y falangistas— y que no están conformes con el curso que siguen los acontecimientos. Persona tan poco sospechosa de sensacionalismos extremistas como Gil Robles alude reiteradamente en sus Memorias recientemente publicadas a los prepa-

rativos de pronunciamiento de los generales Orgaz, Kinde-lán, Beigbeder y Aranda. Lo que basta y sobra para demostrar, fuera de toda duda razonable, que entre 1939 y 1975 España no es la arcadia feliz, el paraíso sin problemas, la nación venturosa donde reina una paz octaviana como obstinadamente se pretende hacer creer, incluso a nosotros mismos.

Podrá argüirse con entera ra-

zón que, tras treinta y nueve años de ejercer un poder absoluto, Francisco Franco fallece en Madrid víctima de los achaques de la edad sin que ninguno de sus múltiples enemigos haya conseguido desplazarle. Es cierto, indudablemente; como lo es que, por una u otra causa, fracasan todos los golpes de Estado, todas las maniobras internas y externas, de izquierdas y de derechas, que se fraguan contra él. Pero, aun siendo verdad todo esto, pierde buena parte de su significación y trascendencia cuando advertimos que en todo lo que va de siglo han fracasado en España todos los intentos revolucionarios, todos los pronunciamientos y todas las subversiones, tanto contra la Monarquía como contra la Dictadura y la República, con una sola y llamativa excepción: la sublevación acaudillada por el general Pri-

mo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923. El fácil triunfo del marqués de Estella tiene la clara explicación —como Sánchez Guerra dice en su discurso de la Comedia en 1930, modificando ligeramente la famosa décima de Góngora acerca de la muerte del conde de Villamediana— de «que el dictador fue Bellido y el impulso soberano». Tiempo y ocasión habrá, cuando se conozcan documentos y datos que todavía continúan en el secreto, de analizar las causas del fracaso de todas las conspiraciones contra el franquismo. De momento, y como antecedente curioso y válido, merece la pena examinar, aunque sea someramente, los motivos que impiden el éxito de la docena de movimientos subversivos desencadenados en España entre 1924 y 1936 contra la Dictadura, la Monarquía y la República.

LAS CAUSAS DEL FRACASO

¿Por qué fracasan en la España del siglo XX todos los movimientos subversivos, todas las intentonas revolucionarias, todos los preparativos encaminados a la conquista violenta del poder? ¿Cómo se explica que no tengan el menor éxito, durante la Monarquía constitucional, ni la Semana Trágica de Barcelona, ni las huelgas revolucionarias de 1916 y 1917, ni las Juntas de Defensa, ni la Asamblea de Parlamentarios y ni siquiera el «trienio bolchevique», con su aguda crisis económica y la progresiva descomposición del Estado? ¿Qué causas determinan en la Dictadura los sucesivos fracasos de Vera de Bidasoa, Prat de Molló, la «Sanjuanada», el movimiento artillero y la conspiración de Sánchez Gue-

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
GARRANZA, 36.—MADRID
TELÉFONO 15-77-4. APARTADO 627.

EL SOCIALISTA

NUMERO SUJETO
10 CÉNTIMOS

Año XXXVIII.—Núm. 4 104.

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

Madrid, jueves, 11 de septiembre de 1923

SEDICIÓN MILITARISTA

Se subleva el capitán general de Cataluña y declara el estado de guerra en Barcelona

El pueblo pide que se depuren las responsabilidades por el desastre marroquí, que se castigue a los culpables civiles y militares y que se ponga término a la guerra de Marruecos.

¡Serenidad, trabajadores!

¿Ha estallado la tormenta, o son sólo los primeros relámpagos de la tempestad? Carecemos de datos concretos que nos permitan formular un juicio lo más exacto posible. Ahora bien, lo que para nadie puede pasar inadvertido es que en el alma popular está enconada una furiosa explosión de ira reconcentrada contra cuantos representaban elementos directores de la guerra de Marruecos, en la que culminan los mayores desastres que registra la historia de estos años de régimen monárquico.

Si sólo se mira a lo superficial, para muchos el pueblo sigue siendo las «alergias y cañales» como hace muchos años. Error supremo y simple error de los que así consideran el problema y la situación. El malestar, la inquietud, el desasosiego, la falta absoluta de interior satisfacción tienen profundas sus raíces con potentes raíces en lo más hondo del alma de los ciudadanos. Y ya no nos referimos, por tanto, sólo a los trabajadores manuales.

O ciegos, o estúpidos o locos, o todo a la vez, serán aquellos que intenten negar la realidad que desborda su evidencia ante los espíritus más sencillos. Quien se oblija en no ver la sencilla franca, declarada, ineluctable con que el pueblo sigue la continuación de la guerra en Marruecos, está ya de por sí ampliamente juzgado.

Lecciones elevadísimas, de una veracidad «aterradora»—no para nosotros, ciertamente—, se han registrado con toda frecuencia en los héroes de la guerra. Batallones inmortalizados, a los que apenas toca de «indiferencia el gesto torcerario de su general», como se le ha llamado

El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores exponen su actitud ante la opinión pública

Reunidos conjuntamente las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista Obrero y de la Unión General de Trabajadores, al amparo de los sentimientos leales que en Barcelona ante el desastre marroquí, despertaron en las masas, a los elementos simplistas y, en general, a la opinión pública, para explicar su actitud sin vacilaciones, porqué pronto equivaldría a quitar al pensamiento los elementos para juzgar en el momento de apurar momentáneamente una cuestión militar.

Primo son las razones que nuestro movimiento ha podido recoger de la realidad para así mismo como base de todo el su trabajo con los antecedentes de quienes la han representado para demostrar el verdadero sentido de sus actuales actividades.

Alas jarrones del ejército, cuando a la sala los golpes, por la ley divina o no, cuando han subido violentamente en subterráneos según la ley subterránea desde que la población de un país

Significación del movimiento

A pesar de la actitud del Gobierno; a pesar de la incomunicación en que Madrid se halla con el resto de España; a pesar de que cuando escribimos estas líneas se desconoce en absoluto la importancia del movimiento que realizan determinados elementos del ejército, por encima de todas esas dificultades sobrevienen circunstancias que pueden servir de punto de orientación para deducir la significación del acto que acaba de producirse en la vida nacional.

Aun cuando en el año 1917 los elementos militares dieron una muestra de vigorosa organización en un sentido de depuración de los vicios del régimen, lo cierto es que posteriormente se ha visto en numerosas ocasiones que en la familia militar existen profundas disgregaciones, que han tenido como consecuencia, no sólo no evitar aquellas corrupciones que perseguían, sino que éstas subsisten aumentadas cada día. Y las diferencias de opinión han llegado a producir tal división entre los profesionales de la milicia, que la consecuencia que hoy tocamos es la de que uno de esos sectores de opinión de la milicia, precisamente la más reaccionaria, es la que sale y no precisamente para depurar esas corrupciones que cada día hundan más en la ignominia la situación del país.

Ante los hechos actuales, hemos recogido la opinión de distinguidas personalidades, quienes coinciden en apreciar los hechos de que tal vez no se trate más que de derribar al actual Gobierno, como hecho suficiente para paralizar la acción de determinados órganos y poner a funcionar en demanda de los cambios del país.

El golpe de Estado de Primo de Rivera triunfa el 13 de septiembre de 1923 —según recogen estos titulares de «El Socialista»— porque el entonces Capitán general de Cataluña cuenta con el consentimiento, el apoyo y el impulso expreso o tácito, de quien ocupa la suprema Magistratura de la nación, el rey Alfonso XIII.

rra en Valencia? ¿No resulta cuando menos sorprendente la facilidad con que —en diciembre de 1930— son aplastadas las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos, pese a estar respaldadas por buena parte de la opinión nacional? ¿No cabe decir lo mismo respecto a la nula efectividad contra la República de intenciones de tan diversa índole como Figols, el 10 de agosto, Casas Viejas, la rebelión de la Generalitat o la huelga minera asturiana de octubre de 1934? ¿Acaso —y contra mucho de lo que después se ha dicho— no fracasa también el Alzamiento del 18 de julio, que sólo consigue imponerse, transformado en una cruenta guerra civil, treinta y dos meses después? ¿Qué poderosa razón hace que en los treinta y siete años últimos sean desarticuladas, vencidas y aplastadas gran número de intenciones y conspiraciones, de muchas de las cuales el pueblo no llega siquiera a tener noticias concretas?

Ante esta serie de preguntas, uno cae fácilmente en la tentación de pensar que el español medio, a diferencia de unas minorías extremistas y fanatizadas, está altamente satisfecho con sus condiciones de vida y apoya más o menos silenciosamente la situación y régimen establecidos en cada momento, desoyendo los cánticos de las sirenas revolucionarias. También que, como en noviembre de 1930 escribiera el general Mola —a la sazón Director general de Seguridad— pronosticando el rotundo fracaso del entonces inminente movimiento republicano, «una cosa es sentirse revolucionario en el café o la logia y otra muy distinta echarse a la calle o al campo para combatir por una opinión política». Pero un observador imparcial y sereno, con un mínimo de rigor intelec-

tual, ha de rechazar por igual ambas hipótesis. Por un lado, el español medio no ha tenido demasiados motivos para sentirse identificado y satisfecho con las situaciones políticas imperantes en nuestro país durante los tres primeros cuartos del siglo en curso; por otro, ni en las derechas, ni en las izquierdas es valor personal lo que falta, como demuestran hasta la saciedad los hechos de nuestra ajetreada Historia contemporánea. Acaso sería más justo y exacto decir que es precisamente lo que sobra, ya que un exceso de audacia personal lleva a muchos a no tomar en consideración los peligros a que se enfrentan, descuidando la organización imprescindible para superarlos. Ya hace cerca de un siglo que Ganivet estableció una clara distinción entre el espíritu guerrero y el espíritu militar. Seguro de su propia fuerza, convencido de su aplastante superioridad sobre cualquier adversario, el guerrero desdeña el armamento, los preparativos, el entrenamiento e incluso los posibles aliados. Confía en su exclusivo esfuerzo personal, en la razón que le asiste y, sobre todas las cosas, en su valor y arrojo. El militar, en cambio, examina, mide y aquilata tanto sus posibilidades como las del adversario, procura prepararse adecuadamente para una posible contienda y sólo se lanza a ella cuando tiene un máximo de posibilidades de vencer. Por carácter, temperamento y educación, el español tiene mucho más de guerrero que de militar. Y ese espíritu, que le lleva en el terreno internacional a desastres como los de 1898, en el nacional explica y justifica el fracaso de tantas conspiraciones revolucionarias en los últimos setenta y cinco años. La realidad es que ni derechas ni izquierdas, ni monárquicos ni republicanos,

se distinguen en España por el cuidado y acierto que ponen en la preparación —y mucho menos en la ejecución— de sus repetidos y alternos movimientos subversivos, emprendidos y desarrollados siempre con más espíritu y valor guerreros que cuidadosa organización militar.

Mucho más dolorosa y trágica es la conclusión a que llega Ortega y Gasset, que, estudiando la abundancia de pronunciamientos españoles del siglo XIX, escribe en su «España Invertebrada»: «Aquellos coroneles y generales, tan atractivos por su temple heroico y sublime ingenuidad, pero tan cerrados de cabeza, estaban convencidos de su «idea» no como está convencido un hombre normal, sino como suelen los locos o los imbéciles. Cuando un loco o un imbécil se convence de algo, no se da por convencido él sólo, sino que al mismo tiempo cree que están convencidos todos los demás mortales. No considera, pues, necesario esforzarse por convencer a los demás poniendo los medios oportunos; les basta con proclamar, con «pronunciar» la opinión de que se trata; en todo el que no sea miserable o perverso repercutirá la incuestionable verdad. Así, aquellos generales creían que con dar ellos el «grito», toda la anchura de España iba a resonar en ecos coincidentes. Seguros de que todo el mundo en secreto opinaba como ellos, tenían fe ciega en el efecto mágico de pronunciar una frase. No iban, pues, a luchar, sino a tomar posesión del Poder público».

Esa mentalidad que precisa Ortega, que no es exclusiva de coroneles y generales de la época romántica, explica algo de lo sucedido en una parte de las fracasadas subversiones preparadas en España por derechas e izquierdas. Justo es



Previsto para la noche del 24 de junio de 1926 —festividad de San Juan, por lo que sería conocido por la «Sanjuanada»—, el movimiento encabezado por el conde de Romanones, Melquiades Álvarez (en las fotos adjuntas) y Villanueva contra la Dictadura primorriverista, no llegará a triunfar. Pese al compromiso adquirido por una larga serie de relevantes militares, el intento fracasa por las defecciones, dudas y vacilaciones de los conjurados.

consignar, sin embargo, que en la falta de éxito de tantos movimientos revolucionarios influye en mayor proporción esa repetida preponderancia del espíritu guerrero sobre el militar, conforme puede comprobarse con un ligero repaso a la docena de frustrados asaltos al poder desarrollados entre 1924 y 1936, contra la Dictadura primero, contra la «Dictablanda» después y contra la propia República por último*.

* Sobre varios de los episodios que a continuación se relatan, pueden consultarse números anteriores de TIEMPO DE HISTORIA. Para ello, véase el Índice que publicamos el pasado mes de febrero.

CINCO INTENTOS FALLIDOS CONTRA LA DICTADURA

El golpe de Estado de Primo de Rivera triunfa el 13 de septiembre de 1923 porque el entonces Capitán general de Cataluña cuenta con el consentimiento, el apoyo y el impulso, expreso o tácito, de quien ocupa la suprema Magistratura de la nación. Aunque la Dictadura es acogida con tanta complacencia por los sectores conservadores como recelo por los liberales y obreros, no tropieza con grandes obstáculos en los primeros meses de actuación. Vence las resistencias que se le oponen clausurando sindicatos prole-

tarios, encarcelando a los militantes que considera peligrosos, estableciendo una férrea censura de Prensa y deportando a Canarias a algunos adversarios como el marqués de Cortina, Unamuno y Rodrigo Soriano.

Los métodos dictatoriales, la persecución contra las organizaciones proletarias y la permanente suspensión de garantías constitucionales y libertades públicas, provoca numerosas protestas individuales, esencialmente en los medios intelectuales. En cualquier caso, la primera tentativa para derrocar por la fuerza a la Dictadura no se produce hasta el otoño de 1924, con tan escasos elementos que, pese al indudable valor de quienes intervienen en ella, no tiene la más remota esperanza de triunfar. En efecto, durante el verano del año mencionado, los trabajadores anarquistas exiliados en Francia acarician la esperanza de que la Revolución es posible en España, engañados por optimistas informes cuya procedencia resulta más que sospechosa. Paralelamente, elementos confederales catalanes, desesperados por la persecución de que son víctimas, deciden lanzarse a una acción que tiene mucho de suicida. Puestos de acuerdo unos y otros, contando por todo armamento con medio centenar de pistolas y algunas bombas de fabricación casera, ponen en práctica su plan (consistente en el asalto al cuartel de Atarazanas de Barcelona), mientras dos grupos de trabajadores exiliados cruzan el Pirineo por Navarra y Cataluña.

El asalto del cuartel fracasa tras un breve y encarnizado tiroteo en que resultan algunos muertos y heridos. De los proyectados cruces de la frontera, sólo se realiza uno, ya que el otro es impedido por la Gen-

darmería francesa mucho antes de llegar a territorio español. En la noche del 6 al 7 de noviembre, medio centenar de hombres decididos —entre los que figura Buenaventura Duruti— penetran en España por Vera de Bidasoa. Van un poco a ciegas, porque en el último momento no han aparecido los individuos que debían servirles de guías. Tropezan con la Guardia Civil, que les está aguardando, y libran una áspera lucha en la que mueren dos de los guardias. Posteriormente, los revolucionarios tienen que batirse en retirada, acosados por fuerzas muy superiores en número. Perecen varios en la refriega; más de la mitad consiguen volver a territorio francés, pero unos cuantos caen en manos de sus adversarios.

La represión, que se pretende que sirva de escarmiento a los elementos descontentos con la Dictadura, es cruel e implacable. Juzgados en Consejo de Guerra sumarísimo, dos de los asaltantes de Atarazanas son condenados a muerte y ejecutados por garrote vil en día 10 de noviembre en el patio de la cárcel de Barcelona. En Pamplona son juzgados, también en Consejo de Guerra sumarísimo, varios de los apresados en Vera de Bidasoa; el Capitán general de la Región disiente de la sentencia, que consiste en pasar la causa a la Jurisdicción ordinaria. Elevado el sumario al Consejo Supremo de Guerra y Marina, se revoca la primitiva sentencia cediendo a determinadas presiones, y se dicta otra en virtud de la cual son condenados a muerte cuatro de los procesados: uno de ellos se suicida el día de la ejecución y los otros tres son agarrotados en la prisión de Pamplona.

Mucha mayor amplitud y más concienzudos preparativos tiene lo que será conocido

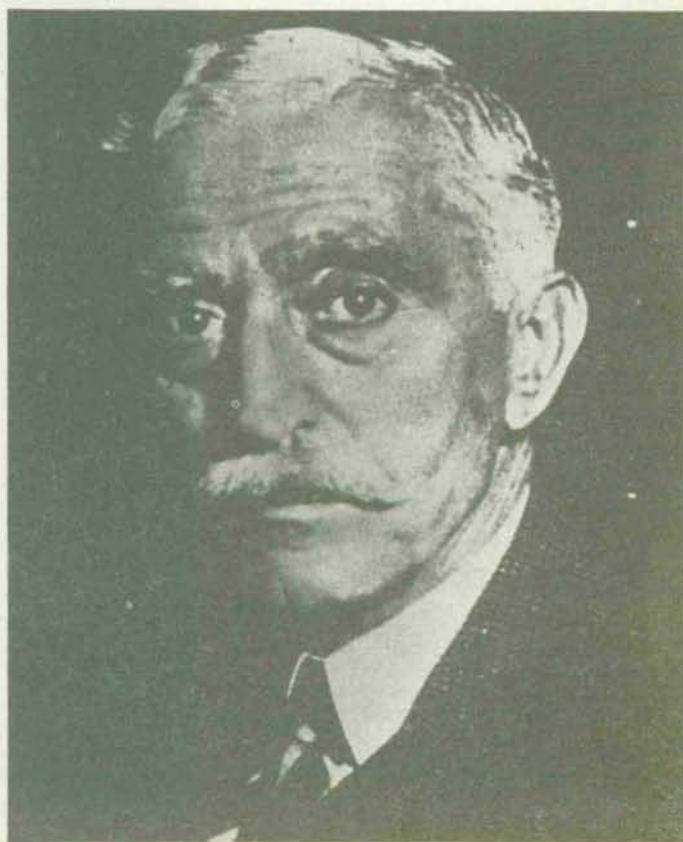
como la «Sanjuanada», porque su estallido está previsto para la noche del 24 de junio de 1926, día de San Juan. No es una conjura republicana, desde luego, aunque numerosos elementos antidinásticos le presten su colaboración, sino esencial y fundamentalmente monárquica. Está encabezada por numerosos políticos, entre los que destacan el conde de Romanones, Melquiades Alvarez y Villanueva. Alma y brazo ejecutor de la conspiración son una larga serie de militares, entre los que figuran el Capitán general Weyler, el Teniente general Aguilera, los generales Batet y López Ochoa, así como el coronel don Segundo García. Los dos primeros firman el correspondiente Manifiesto, redactado personalmente por Melquiades Alvarez en un estilo campanudo y grandilocuente más propio del siglo pasado que del actual.

Aparte de las huestes liberales y monárquicas que siguen a Romanones, Melquiades y Vi-

llanueva, los conspiradores tratan de ganarse el apoyo republicano y obrero, lográndolo en parte, esencialmente en lo que se refiere a la CNT. Con arreglo al plan trazado de antemano, apenas iniciado el movimiento militar contra la Dictadura, Romanones y Alvarez, en su calidad de presidentes respectivos del Senado y el Congreso disueltos en 1923, deben personarse en Palacio para aconsejar al rey la entrega del poder a un Gobierno presidido por el teniente general Aguilera. Gobierno cuya misión fundamental será mantener el orden y convocar Cortes para que el pueblo exprese públicamente su opinión, entregando entonces la gobernación del país al partido, grupo o tendencia que hubiese conseguido la mayoría de los sufragios en los comicios.

El movimiento, con tan vastas ramificaciones que parecen asegurar su fácil victoria, fracasa en el último momento por defecciones, dudas y vaci-

Una nueva tentativa contra la Dictadura fue acaudillada en noviembre de 1926 por el político catalán Francesc Macià, cuyo retrato vemos. Secundado por numerosos nacionalistas catalanes, logra concentrar a un buen contingente de hombres en una localidad francesa desde la que pasar la frontera. Pero la delación de un infiltrado acabará con la intentona.



laciones de los elementos comprometidos. Como consecuencia de la intentona, son detenidos los Generales Weyler, Aguilera y Batet, el coronel Segundo García, el teniente coronel Bermúdez de Castro, el comandante Borrero, los capitanes Galán y Perea y el teniente Rubio. También se detiene a los ex diputados Marcelino Domingo, Manteca, Barriobero y García Berlanga, al doctor Marañón, a los sindicalistas Pestaña, Carbó, Quemades y Quiles, y a los periodistas madrileños Antonio de Lezama y Mariano Belliure y Tuero. Aparte de ser sometidos muchos de ellos a un Consejo de Guerra que se celebra el 1 de abril de 1927 —donde el coronel García es condenado a ocho años de prisión y a seis el teniente coronel Bermúdez, los capitanes Perea y Galán y el teniente Rubio—, Primo de Rivera resuelve imponerles diversas multas gubernativas, que alcanzan a las 500.000 pesetas para Romanones, 200.000 para el general Aguilera, 100.000 para el Capitán general Weyler, el doctor Marañón y don José Manteca, y cantidades menores para el coronel García, general Batet y señores Barriobero, Lezama, Belliure y Quiles.

Unos meses después, la Dictadura se ve amenazada por otro conflicto de distinta índole, pero de más graves consecuencias. En principio no se trata de una conspiración contra el régimen, sino de una cuestión de honor del Cuerpo de Artillería. ¿Causas? Hace años que los artilleros defienden la llamada «escala cerra-

da»; es decir, la negativa a admitir ascensos por méritos de guerra, prefiriendo que su heroísmo en combate sea premiado con una condecoración, ya que el ascenso puede dar lugar a suspicacias de quienes se ven adelantados en el escalafón. En la Academia de Artillería cada nuevo oficial firma un compromiso renunciando a todo ascenso que no le corresponda por rigurosa antigüedad. Primo de Rivera quiere abrir las escalas y lo hace por medio de un Real Decreto de carácter retroactivo. Los artilleros, disconformes con esta decisión, entablan unas negociaciones, que fracasan, con el marqués de Estella.

En una asamblea celebrada en Madrid, el 20 de agosto de 1926, en la que se dan cuenta del fracaso de las gestiones, los artilleros deciden tomar una posición de rebeldía pasiva contra el Gobierno, orde-

nando el acuartelamiento de todos los elementos del Cuerpo y la reincorporación a sus puestos de todos los jefes y oficiales del Arma que se encuentren con licencia. Ante esta actitud, Primo de Rivera dispone el 5 de septiembre siguiente la declaración del Estado de Guerra en toda España y la suspensión de empleo y sueldo de todos los integrantes de la escala activa de Artillería, a los que se prohíbe el uso del uniforme. Al mismo tiempo, se releva a los militares de cualquier empleo y Cuerpo del deber de obediencia a los artilleros, «pudiendo detenerles y entregarles a las autoridades legítimas cuando traten de imponer el fuero del que se les desposee por este Decreto».

La disposición, que produce profunda impresión en toda España, va acompañada de la orden de incautación de todos los cuarteles e instalaciones



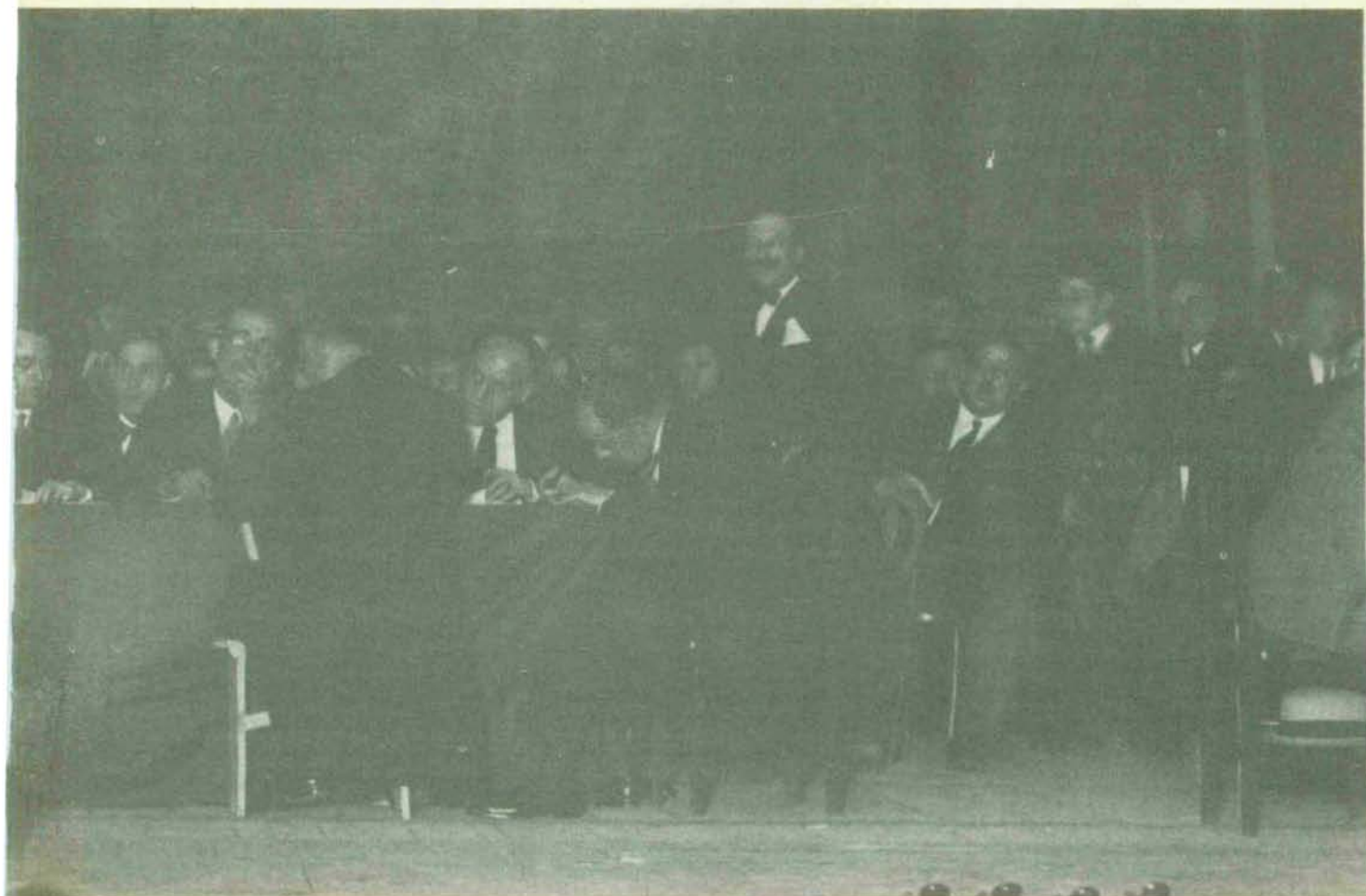
El más importante de los complots urdidos contra la Dictadura es el que estalla en la noche del 28 al 29 de enero de 1929, dirigido por el ex presidente del Consejo don José Sánchez Guerra —junto a estas líneas, desarrollando su espléndido sentido de la oratoria—, y que cuenta con extensas ramificaciones políticas y militares. Este movimiento no tendrá, sin embargo, mayor fortuna que sus precedentes.

de Artillería. El mandato del dictador se cumple en todas sus partes, pero no sin que se produzcan choques armados en distintos puntos, especialmente en la ciudad de Plamplona, donde resultan muertos un teniente, un sargento y un soldado, y en la Academia de Segovia. No obstante, el Gobierno logra imponerse en el espacio de unas horas. Aunque el marqués de Estella alardea de su triunfo en una nota oficial del 6 de septiembre, se trata de una victoria pírrica, por cuanto el dictador gana una batalla que bien pudo ahorrarse, disgustando a buena parte del Ejército; sentando, además, un peligroso precedente al relevar de su deber de obediencia a los oficiales y soldados de otros Cuerpos e incluso a los propios artilleros. Las consecuencias se verán unos años después. Menor importancia tiene desde el punto de vista nacio-

nal, aun cuando alcance mayores repercusiones internacionales, la tentativa contra la Dictadura que acaudilla en noviembre del mismo año el ex diputado catalanista y ex teniente coronel de ingenieros don Francisco Maciá. Exiliado desde 1923, Maciá consigue recaudar en 1925 y 1926 alrededor de nueve millones de pesetas para conseguir los elementos precisos que permiten una irrupción armada antidictatorial en tierras de Cataluña. Secundado por numerosos nacionalistas catalanes, logra concentrar en la pequeña localidad fronteriza francesa de Prat de Molló unos centenares de hombres el 4 de noviembre de 1926. Pero, entre los supuestos colaboradores de Maciá, aparece un coronel italiano de ilustre apellido —Ricciotti Garibaldi— que no pasa de ser un vulgar agente provocador a sueldo de la Policía.

En el momento preciso, antes de que los conspiradores lleguen a transponer la frontera, la Gendarmería francesa realiza una redada en la que son detenidos cerca de doscientas personas, a las que se traslada a Perpiñán. Dieciocho de ellas, consideradas como las más destacadas, son conducidas a París y, en los días 20 y 22 de enero de 1927, comparecen ante un tribunal correccional. Defendidos por conocidos abogados franceses, las sesiones del tribunal se convierten en fogosos alegatos contra la Dictadura española. Al final, unos cuantos conspiradores, con Maciá y Ventura Gassols a la cabeza, son condenados a penas mínimas de reclusión y expulsados de Francia.

El más importante de los complots urdidos contra la Dictadura es el que estalla a comienzos de 1929, encabezado por el ex presidente del



Consejo, don José Sánchez Guerra, y que cuenta con extensas ramificaciones políticas y militares. Los trabajos de conspiración culminan en un acuerdo de sublevación contra Primo de Rivera en la noche del 28 al 29 de enero. Para alcanzar el éxito, se cuenta con la conformidad de diversas guarniciones, la casi totalidad de los regimientos de Artillería y con la aquiescencia del Capitán general de Valencia (Castro Girona), que recibirá con los brazos abiertos al caudillo civil del movimiento (Sánchez Guerra) al desembarcar en la ciudad mediterránea procedente del exilio. En la intentona están comprometidos numerosos políticos monárquicos, liberales y constitucionalistas. No pocos republicanos y sindicalistas prestan su concurso al movimiento, pese a tener éste un carácter exclusivamente antidictatorial.

Una tempestad, que retrasa la llegada al puerto francés de Port-Vendres del barco que ha de traerle a España, hace que Sánchez Guerra no consiga presentarse en Valencia hasta

la noche del 29 de enero, con veinticuatro horas de retraso sobre el horario previsto. Cuando el jefe conservador desembarca en la ciudad del Turia, ya se han lanzado a la rebelión las fuerzas de la guarnición de Ciudad Real, compuestas por el Primer Regimiento ligero de Artillería que, con su coronel al frente, se apoderan de todos los centros oficiales, de los cuarteles de la Guardia Civil y emplazan sus baterías en las carreteras de acceso a la población. Al mismo tiempo, los sindicatos de la CNT han declarado en Alcoy una huelga general revolucionaria que se prolongará varios días. La rebelión de Ciudad Real dura algunas horas, hasta que —convencidos los jefes y oficiales de que no han sido secundados en otras poblaciones y conminados a rendirse por las proclamas que lanzan diversos aviones militares que vuelan sobre la ciudad— deponen su actitud y permiten que una columna enviada desde Madrid, mandada por el general Orgaz, detenga a la oficialidad del regimiento de Artillería,

que habrá de ser juzgada en un Consejo de Guerra.

Al desembarcar en Valencia, Sánchez Guerra se entera no sólo del fracaso de Ciudad Real, sino de las dudas y vacilaciones del Capitán general de la Tercera Región que, tras mantener una actitud equívoca durante las horas precedentes, parece oponerse ahora al movimiento. En cambio, los dos regimientos de Artillería de guarnición de la ciudad están dispuestos a salir a la calle, mientras los sindicatos confederales tienen preparada la citada huelga general revolucionaria. De madrugada ya, el ex presidente del Consejo se presenta en el cuartel del Regimiento de Artillería número cinco, cuyos oficiales le aclaman con entusiasmo. El político les dirige una breve alocución y da lectura del Manifiesto dirigido a la opinión pública. Aunque los oficiales quieren lanzarse inmediatamente a la calle, el coronel se opone, alegando la confusa actitud del Capitán general Castro Girona.

Cuando éste se niega a recibir a unos emisarios de los rebel-

A mediados de diciembre de 1930, ya con el general Berenguer al frente del Gobierno, se producen los intentos revolucionarios de Jaca y Cuatro Vientos, los dos fallidos tras unos primeros momentos esperanzadores. A través de las imágenes de esta doble página, comprendemos el desenlace de ambos alzamientos: un grupo de suboficiales condenados por el Consejo de Guerra que juzgó los hechos de Jaca; y la entrada del Palacio de Justicia de Madrid durante el otro Consejo de Guerra contra los sublevados en Cuatro Vientos.



des, Sánchez Guerra se presenta de madrugada ante él. Tiene una violenta y dramática entrevista con Castro Girona, que le recibe acompañado del Arzobispo de la ciudad. Castro Girona se niega a secundar el movimiento y aconseja al político que escape de la población. Sánchez Guerra se niega, afirmando orgulloso que ha ido a participar en un drama, no en una

rra, absuelto al ser juzgado unos meses después. Destituido Castro Girona, Primo de Rivera toma nuevas y enérgicas medidas contra el arma de Artillería, medidas que —contra lo que espera y desea— contribuyen a debilitar su posición e influirán en su derrocamiento el mes de enero de 1930.

Si el fracaso de la intentona de Valencia se debe en buena

llos días los elementos republicanos y obreros.

EL FRACASO DE LAS SUBLEVACIONES DE JACA Y CUATRO VIENTOS

Al comienzo de este trabajo afirmamos que, con la sola excepción del golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, en España han fracasado to-



farsa. Se quedará allí porque está dispuesto a hacerse responsable de lo sucedido. Lo hace, en efecto. Es una actitud digna, pero que no puede impedir que el movimiento fracase.

Los oficiales de Ciudad Real, juzgados en Consejo de Guerra sumarísimo, son condenados a graves penas, que ninguno llega a cumplir por la caída de la Dictadura un año más tarde. Entre los centenares de detenidos en Valencia, está el propio Sánchez Gue-

parte a la actitud de Castro Girona, en ella, como en otras conspiraciones contra la Dictadura, desempeñan un papel importante las defecciones de elementos comprometidos que en el momento decisivo no hacen honor a la palabra empeñada. La experiencia que se deriva de estos hechos, explica y justifica el profundo escepticismo del general Mola cuando, en noviembre de 1930, opina sobre las escasas posibilidades de éxito del movimiento que preparan en aque-

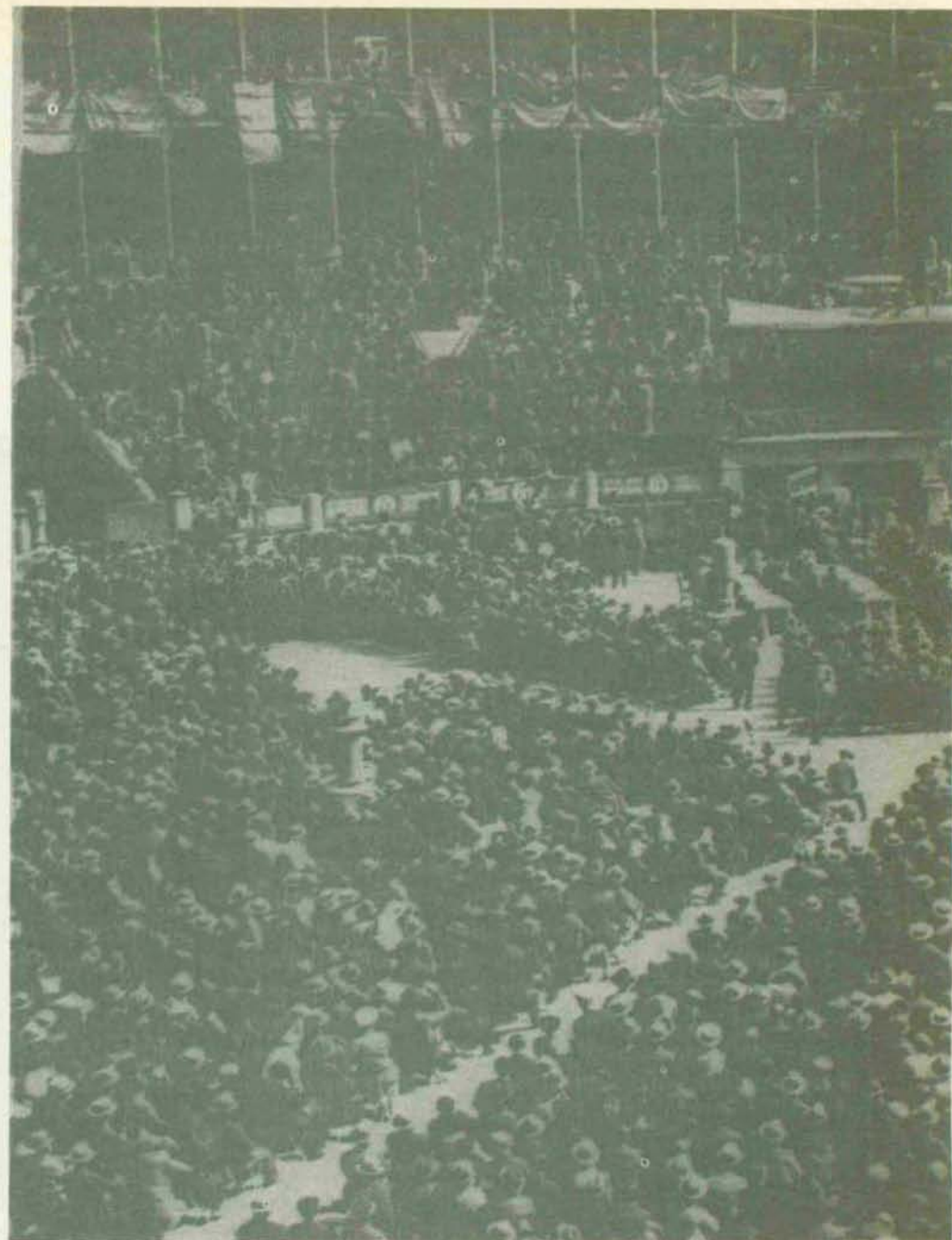
das las tentativas subversivas para asaltar el poder a lo largo de todo el siglo en curso. También que el triunfo de Primo de Rivera se debe a que, según dijera Sánchez Guerra, «el dictador fue Bellido y el impulso soberano». El mismo impulso soberano, que decide, en definitiva, la caída del dictador cuando —en enero de 1930— se decide a consultar acerca de su continuación en el mando con los altos jefes militares.

A la Dictadura le sucede la

Mitín republicano celebrado en la madrileña Plaza de Toros durante la «Dictablanda» de Berenguer. Más de cincuenta mil personas asistieron al acto, manifestándose posteriormente desde Las Ventas hasta la Puerta del Sol. El clamor popular contra la Monarquía alfoncina se hacía, jornada tras jornada, incontenible. Ya estaban próximas las elecciones municipales de abril de 1931, que darían paso a la II República.

«Dictablanda» y al general Primo de Rivera el general Berenguer. El nuevo jefe del Gobierno, que hasta la víspera ha sido jefe de la Casa Militar de don Alfonso, anuncia como su propósito fundamental el rápido retorno a la normalidad constitucional conculcada durante siete años. Pero el retorno parece demasiado lento a la mayoría y los republicanos intentan acelerarlo. Tras un acuerdo entre las fuerzas antidinásticas en el Pacto de San Sebastián, llegan a una alianza con los socialistas, entablan contactos con la C.N.T. y preparan un movimiento revolucionario para implantar la República. Paralelamente al Comité político que encabeza Alcalá Zamora, comienza a funcionar otro militar, dirigido por Queipo de Llano, encargado de ultimar los trabajos para la conquista del poder.

El proyecto cuenta con importante respaldo civil y con el compromiso de diversas guarniciones militares. En el otoño de 1930, la fecha del estallido del movimiento sufre toda serie de retrasos y aplazamientos. Fijada para mediados de octubre, ha de ser demorada por la delación de un oficial, que determina las detenciones del comandante Ramón Franco y del capitán Sancho. El 18 de noviembre, la fecha vuelve a ser aplazada hasta el 26 del mismo mes, y de nuevo postergada este día en virtud de las extraordinarias medidas de precaución adoptadas por el Gobierno Berenguer como consecuencia de la fuga de Ramón Franco

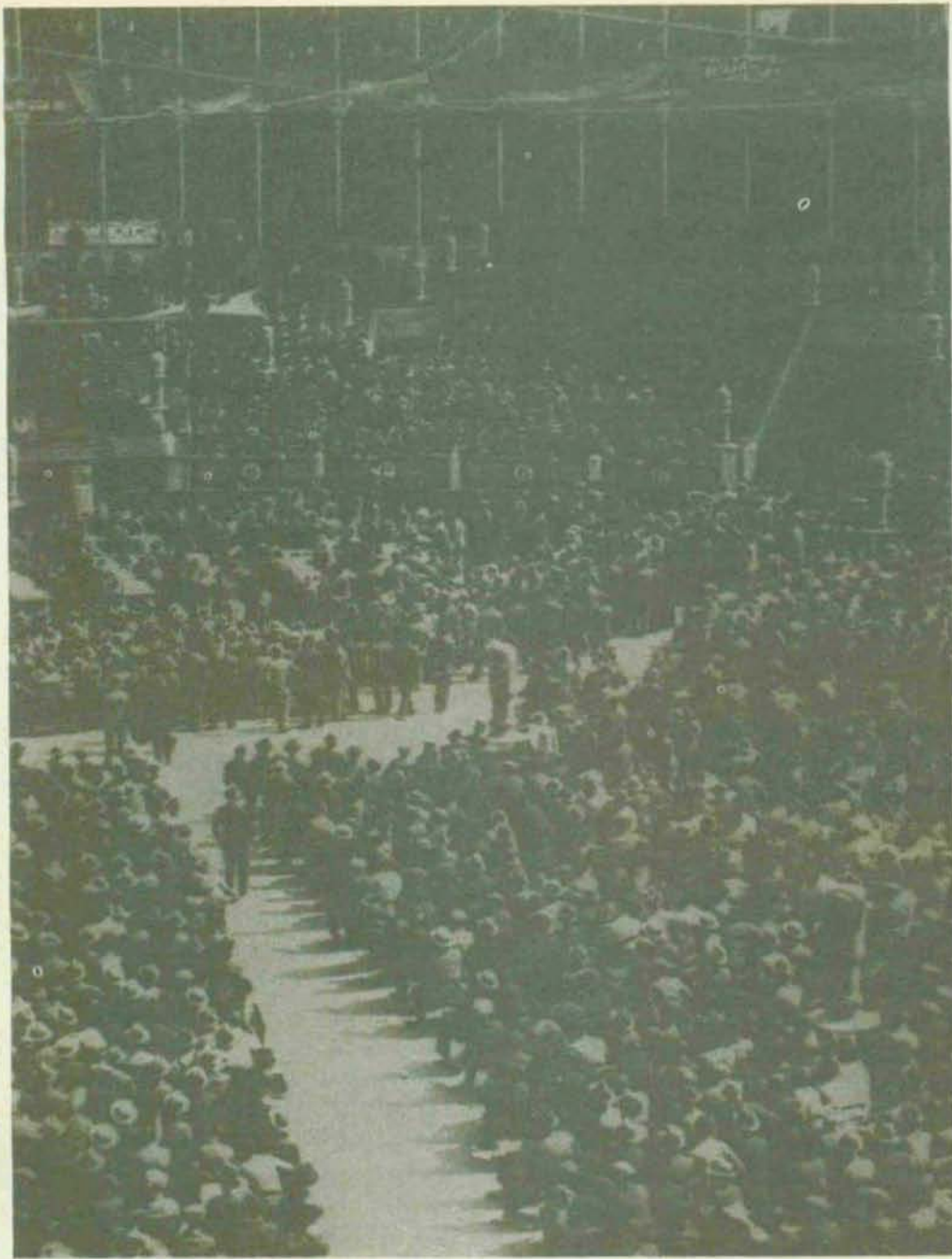


de prisiones militares la jornada anterior. Por último se fija la semana que finaliza el 14 de diciembre como fecha tope para la iniciación al movimiento y se transmite a todos los comprometidos las instrucciones correspondientes. El día 11 ya, la víspera misma del comienzo, se acuerda un último aplazamiento de setenta y dos horas. La sublevación militar tendrá lugar el lunes 15 de diciembre.

Santiago Casares Quiroga, miembro del Comité revolucionario, recibe el encargo de

comunicar el nuevo aplazamiento a la guarnición de Jaca. Llega a la ciudad pirenaica en la noche del 11 al 12, pero de manera incomprensible se va a dormir en lugar de avisar inmediatamente a Fermín Galán, que ha de encabezar el levantamiento en dicha población. Cree poder hablar con él a la mañana siguiente, pero cuando se despierta hace ya dos horas que la sublevación ha comenzado.

Tras dominar Jaca sin excesivas dificultades, los rebeldes pierden un tiempo precioso en



organizar la columna que ha de marchar sobre Huesca. Emplean cerca de veinticuatro horas en recorrer los ochenta kilómetros que separan la plaza de la capital de la provincia, tiempo sobrado para que una columna militar, salida de Zaragoza y reforzada en Huesca, les corte el paso cerca del santuario de Cillas. Allí, en un breve combate, los sublevados son vencidos y tienen que batirse en retirada en la mañana del día 13. El 14 de diciembre se celebra en Huesca un Consejo de

Guerra sumarísimo, en el que son condenados a muerte el capitán Galán —que pudiendo huir, ha preferido presentarse para cargar con todas las responsabilidades— y el capitán García Hernández. Ambos son fusilados ese mismo día, muriendo con extraordinaria entereza.

Acaso no haya en toda la Historia contemporánea española nada tan sorprendente como la reacción ante los sucesos de Jaca, tanto del Gobierno de Berenguer como del Comité revolucionario. A uno

y a otro, según demuestran con su conducta en estos momentos críticos y varios de sus miembros confiesan posteriormente en diversas Memorias, la sublevación les produce una inconcebible sorpresa.

Inconcebible, por cuanto todos deben estar, tienen que estar por fuerza, perfectamente enterados. Por parte gubernamental, Mola sostiene que tiene completa información de lo que se prepara en Jaca, y hasta escribe a finales de noviembre una carta personal a Galán señalándole los riesgos que afrontará si llega a sublevarse.

Entre los republicanos, nadie ignora que la guarnición de Jaca está impaciente por lanzarse a la acción, e incluso desde Madrid han salido varios grupos de estudiantes y ateneístas para participar en el alzamiento. No obstante, ni el Gobierno ni los revolucionarios se enteran de que ha empezado la lucha hasta muchas horas después, y ni uno ni otros hacen nada de lo que sería natural y lógico dadas las circunstancias. Si Alcalá Zamora y Maura pueden ser detenidos al día siguiente durmiendo tranquilamente en sus domicilios, ni Berenguer ni Mola consiguen evitar que una docena de oficiales se apoderen, el 15 de diciembre, del aeródromo militar de Cuatro Vientos, volando sobre Madrid por espacio de varias horas arrojando octavillas y pudiendo arrojar bombas.

El alzamiento de Cuatro Vientos fracasa en la mañana del lunes, tanto por no sublevarse también algunos de los regimientos comprometidos en la capital como porque no se produce en Madrid la prevista huelga general. En cambio, en el resto de España estallan numerosos conflictos de carácter revolucionario, que adquieren especial violencia en



Seis tentativas revolucionarias o contrarrevolucionarias tuvo que soportar la II República. La primera de ellas sería la del Alto Llobregat, en enero de 1932, cuando unos millares de mineros y de obreros textiles creen posible que el comunismo libertario se extienda fulminantemente por toda España. Detenciones como la que muestra el grabado y deportaciones al Sahara, terminaron con la revuelta.

las provincias de Zaragoza y Alicante, donde varios pueblos llegan a declarar la República. Los disturbios se prolongan durante una semana en buena parte del territorio nacional, pese a que el Gobierno recurre a dos Banderas del Tercio, traídas precipitadamente de Africa para restablecer la normalidad. En cualquier caso, aplastadas las rebeliones de Jaca y Cuatro Vientos, la intentona republicana fracasa con mayor rapidez de la que pudieron temer los más pesimistas de sus organizadores.

Las razones del fracaso no pueden estar más claras: falta de dirección adecuada y eficaz, completa desorganización y ausencia de la imprescindible simultaneidad entre las distintas acciones. Aun incurriendo Berenguer y Mola en garrafales errores que debían facilitar el éxito de sus adversarios, éstos no supieron aprovecharlos y, teniéndolo todo prácticamente a su favor, fueron derrotados con extrema facilidad y sin llegar a poner en ningún momento en grave aprieto al régimen que pretendieron derribar.

SEIS TENTATIVAS FALLIDAS CONTRA LA REPUBLICA

Una curiosa coincidencia hace que, si son seis los intentos subversivos contra la Dictadura y la «Dictablanda» que fracasan entre 1924 y 1930, sean seis asimismo las tentativas fallidas contra la Segunda República en los breves años de su existencia. Cabe, sin embargo, señalar una importante diferencia entre ambos datos: todos los ataques que sufran los regímenes dictatoriales proceden de fuerzas políticas situadas a su izquierda, mientras los que ha de soportar la República tienen su origen alternativamente en la derecha y en la izquierda. En efecto, si los movimientos de Figols, Casas Viejas y Aragón son fundamentalmente sindicalistas, la rebelión asturiana del 34 tiene un claro matiz socialista, la de la Generalitat no pasa de ser republicana federal, y los levantamientos del 32 y del 36 revisten un acusado carácter reaccionario, conservador y fascizante. Si éstos últimos tratan de derro-

car un régimen que consideran demasiado avanzado y revolucionario, la Generalitat y los socialistas buscan impedir que las derechas desvirtúen por completo las conquistas del primer bienio republicano, y las masas confederales quieren que la República acabe, de una vez y sin peligrosas dilaciones, con las seculares injusticias que padece el pueblo español. Lo único que tienen de común las diversas intentonas es el fracaso de todas ellas. (De todas, insistimos, porque incluso la de julio del 36 falla en lo que tiene de golpe de Estado o asalto rápido y frontal del poder, ya que sólo triunfa treinta y dos meses después transformada en larga y cruenta guerra civil.)

Es lógico, obligado y casi forzoso el fracaso final de los tres movimientos confederales de estos años, ninguno de los cuales reúne las condiciones indispensables para alcanzar el éxito. Pueden servir —y sirven— como lección y experiencia («gimnasia revolucionaria», la denomina Mola en sus memorias), como eficaz propaganda de unas ideas ge-

nerosas de liberación humana, y como preparación psicológica del pueblo para una ocasión decisiva y próxima; pero resulta casi imposible derrocar a un Estado moderno con los escasos elementos materiales de que se dispone. En la C.N.T. sobran hombres resueltos, idealistas, decididos a sacrificar su vida cuando la organización lo demande, pero faltan las armas precisas, la coordinación necesaria e incluso los planes seriamente trazados para imponerse en pocas horas en el conjunto de la nación. En todos los casos hay exceso de espontaneidad revolucionaria, generalmente de carácter local o regional, pero ausencia de preparativos, de alianzas con las fuerzas afines, de una dirección de

alcance nacional, de fijación clara de objetivos concretos y de métodos válidos para conseguirlos.

La rebelión del Alto Llobregat, en enero de 1932, es buen ejemplo de todo esto. Unos millares de mineros y de obreros textiles de las cuencas del Cardoner y el Llobregat creen posible que la Revolución triunfe en toda España sin derramamiento alguno de sangre; que basta con que ellos proclamen el comunismo libertario en una docena de pueblos de la provincia de Barcelona, para que el movimiento se extienda incontenible y rápido por Cataluña, primero, y el resto del país, después. Dan por descontado que, una vez demostrado con su ejemplo que se puede vivir

con un régimen de completa libertad, serán imitados y seguidos en todas partes. Tan seguros están de su triunfo que no cuentan de antemano con nadie. Es un sueño generoso del que tienen que despertar a los pocos días, con la llegada a la cuenca minera de las tropas enviadas por el Gobierno de Madrid. El episodio concluye sin luchas ni muertes, pero va seguido de una deportación al Sahara de más de un centenar de obreros confederales.

El movimiento del 8 de enero de 1933, que alcanza su dramática culminación en la matanza de Casas Viejas, tiene en principio una organización de la que carecía por completo el de Figols. Se trata de una intentona basada en el descon-



Casas Viejas forma parte de un movimiento revolucionario de signo anarquista surgido en los primeros días de 1933, basándose en el descontento popular existente por el escaso cambio experimentado por los trabajadores durante el año y medio de República. Si Casas Viejas adquirió tan gran notoriedad, fue por la sangrienta represión que tuvieron que sufrir los revolucionarios, varios de cuyos familiares posan aquí.

tento popular, porque a los veinte meses de la implantación de la República la situación de los trabajadores no ha experimentado mejoría notable. La aguda crisis económica internacional y las maniobras de la oligarquía capitalista contra el régimen, hacen que el paro vaya en aumento, que la reforma agraria continúe siendo una remota aspiración y que los labriegos andaluces y extremeños padezcan penurias y hambre. Al triunfo del movimiento debe cooperar una huelga general ferroviaria que paralice los transportes y que, en el último momento, no llega a declararse.

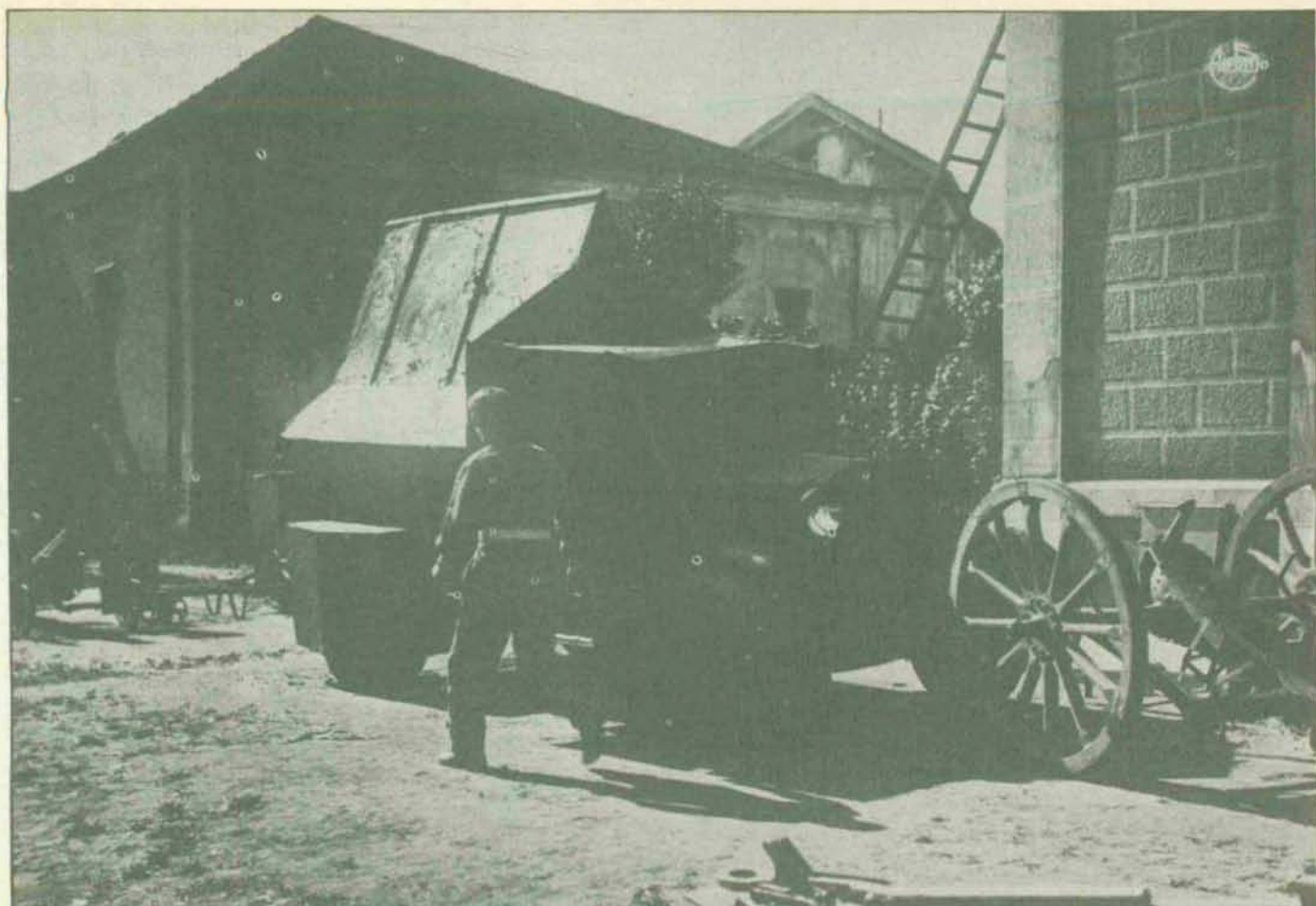
La lucha se inicia —como está previsto— a media tarde de un domingo de la primera decena de enero, cuando lógicamente debe coger por sorpresa a las fuerzas represivas del Estado. Comienza con el asalto a diversos cuarteles de Barcelona y otras varias ciudades, donde puede encontrarse el armamento preciso para que millares de militantes participen en la segunda fase de la operación. Sin embargo, fallan los enlaces dentro de los cuarteles y las tentativas de asalto son rechazadas después de violentos tiroteos. Prácticamente, el intento fracasa aquí; pero las huelgas se declaran en numerosos lugares durante la mañana del día siguiente y muchos pueblos andaluces —donde los campesinos llevan meses en paro forzoso— se lanzan a una acción desesperada con las pocas armas de que disponen. En Casas Viejas, los labriegos sitian el cuartel de la Guardia Civil y se resisten, manejando sus viejas escopetas de caza, cuando llegan guardias de Asalto como refuerzo. La vesanía del capitán Rojas —que inmola a numerosos campesinos después de terminada la pelea— acen-

túa la magnitud de la tragedia. Pero el movimiento revolucionario ha fracasado mucho antes de producirse los sucesos de Casas Viejas; fracasa, en realidad, cuando —en la tarde del domingo 8 de enero— los grupos armados no consiguen adueñarse de los puntos clave de Barcelona y de otras ciudades españolas.

El tercer movimiento revolucionario desencadenado en este tiempo por la Confederación Nacional del Trabajo —el que se inicia el 8 de diciembre de 1933—, muestra características totalmente distintas a los dos precedentes. Causa determinante del mismo es la campaña abstencionista desarrollada por la Confederación en las elecciones del 19 de noviembre. «Frente a las urnas, la revolución social», proclama la C.N.T. en todos los tonos. Como en los comicios triunfan las derechas —no sólo por la abstención confederal, sino también por la suicida desunión de republicanos y socialistas y la influencia del voto femenino—, la C.N.T. —haciendo honor excesivo y prematuro a su palabra— desencadena el día mismo en que se reúnen las nuevas Cortes una intentona más extensa e intensa que todas las precedentes. Durante una semana, millares de obreros y campesinos luchan con encarnizamiento en Aragón, Rioja, Levante y Cataluña, y en una veintena de pueblos se proclama el comunismo libertario de manera más o menos efímera. Fuera de las regiones citadas, hay huelgas en las dos Castillas, Andalucía, Galicia y Asturias, produciéndose episodios tan dramáticos como los de Bujalance en la provincia de Córdoba y los de Villanueva de la Serena, en la de Badajoz. Pero el movimiento subversivo, no secundado por los socialistas, acaba frac-

sando porque son nulas sus esperanzas de éxito, al carecer de los medios precisos para conseguir el triunfo.

El movimiento socialista de octubre de 1934 es la intentona más seria y mejor preparada para asaltar violentamente el poder de cuantas se producen en España; también la que cuenta con mayores probabilidades de triunfo y más cuantiosos elementos, si exceptuamos el alzamiento de julio de 1936. Se inicia el 4 de octubre, a las pocas horas de constituirse el cuarto Gobierno de la República que preside Lerroux y del que forman parte tres ministros de la CEDA. Comienza con la declaración de huelga general revolucionaria en buena parte de España y con acciones armadas que, desde el primer instante, adquieren extraordinaria virulencia. Aunque el Gobierno ha tomado grandes medidas para aplastar la intentona, durante una semana se ve en el más serio de los apuros, teniendo que recurrir al empleo en el suelo peninsular de considerables fuerzas marroquíes. En Madrid, la paralización general se prolonga durante nueve días, con frecuentes choques y tiroteos, e igual sucede en diferentes puntos de la nación. En Asturias, donde se combate con dureza por espacio de dos semanas, la contienda adquiere los claros caracteres de una guerra civil. Unidos todos los trabajadores de la región en una Alianza Obrera Revolucionaria, luchan contra considerables fuerzas militares, dominan casi toda la provincia, llegan hasta el corazón de Oviedo y sólo pueden ser derrotados merced al empleo de la Aviación, la Artillería y la Marina, con fuertes columnas que avanzan desde Galicia, León y Santander sobre las cuencas mineras, además de



El movimiento socialista de octubre de 1934 es la revuelta más seria y mejor preparada para asaltar violentamente el poder de de cuantas se producen en España. Comienza con la declaración de huelga general revolucionaria y con acciones armadas de extrema virulencia, sobre todo en el territorio asturiano. Pese al empeño de los sublevados —a los que pertenecían este carro blindado y estos cañones—, el Ejército acabará por dominar muy duramente la situación.

fuerzas de Regulares y de la Legión desembarcadas en las cercanías de Gijón. Al final, y pese a todo el heroísmo con que sus defensores combaten, el movimiento es derrotado.

Quienes estudian a fondo el movimiento de octubre de 1934, señalan como motivos determinantes del fracaso el optimismo excesivo de sus patrocinadores, la ausencia de una preparación adecuada, el desdén absoluto hacia la colaboración de fuerzas afines, la falta de sincronización entre las diversas acciones y defectos varios de coordinación. Excepto en Asturias, los socialistas no cuentan con nadie antes de lanzarse a la lucha ni una vez iniciada ésta; ni siquiera con la Generalitat, cuya rebelión persigue finalidades totalmente distintas.

Por otro lado, las consignas y directrices son totalmente distintas en unas y otras regiones. Se comete además, por si fuera poco lo precedente, el error de prescindir de la ventaja de la sorpresa, anunciando a bombo y platillo las circunstancias en que se iniciará la lucha, con lo que el adversario puede estar preparado y alerta. Por otro lado, y como se comprueba durante el levantamiento, una parte considerable de los trabajadores socialistas están preparados psicológicamente para un movimiento huelguístico, pero no para una revolución.

La rebelión de la Generalitat, que coincide en el tiempo con el movimiento revolucionario socialista de octubre, fracasa de una manera estrepitosa en contadas horas. Puede ser una

tragedia comparable a la que vive Asturias en los mismos días, pero no pasa de una comedia. La preparación del movimiento en Cataluña es un puro disparate. No se hace nada de lo que se debe hacer si se quiere triunfar, y sí todo lo que no debe hacerse. Principal responsable del fracaso es José Dencás, consejero de Gobernación de la Generalitat, que ha ascendido en la política catalanista gracias a una demagogia tan huera como irresponsable. Presionado por él y por algunos grupos separatistas, Companys va mucho más lejos de lo que desea y conviene. La intentona no tiene la menor posibilidad de triunfar, y no triunfa. Dura menos de veinticuatro horas y se salda con un número reducido de víctimas. Si es digna de respeto la actitud de quietud



Dentro de las tentativas contrarrevolucionarias, la primera intentona armada para derrocar la República no se produce hasta el 10 de agosto de 1932. El general Sanjurjo (en el centro de la fotografía) es su jefe, y en ella se hallan implicados numerosos políticos y militares de ideología derechista. Pero la rebelión fracasa en menos de doce horas, sin que llegue a representar nunca un peligro serio para el régimen.

nes luchan por el ideal y afrontan serenamente sus responsabilidades, resulta cómica y vergonzosa en este caso la huida de Dencás.

Las conspiraciones derechistas contra la Segunda República se inician el día mismo de su proclamación, con una fuga masiva de capitales y maniobras financieras que dificultan la estabilidad del nuevo régimen, pero la primera intentona armada para derrocarlo no se produce hasta el 10 de agosto de 1932. En la madrugada de dicho día, unos centenares de jefes y oficiales, retirados o en activo, tratan de tomar por asalto el Ministerio de la Guerra y el Palacio de Comunicaciones de Madrid, siendo fácil y rápidamente rechazados por las fuerzas de Orden Público y los soldados encargados de su

custodia. Paralelamente, el teniente general don José Sanjurjo, que desempeña el cargo de Inspector general de Carabineros, se presenta en Sevilla y consigue sublevar a la guarnición y apoderarse de la ciudad. El fracaso de Madrid, el aislamiento en que se encuentra al no sublevarse otras guarniciones y la reacción popular, fuerzan a Sanjurjo a abandonar la empresa, siendo detenido cuando trata de hallar refugio en Portugal. Así, un movimiento cuidadosamente preparado, que cuenta con extensas complicidades militares y civiles, fracasa estrepitosamente en menos de doce horas y sin representar en ningún instante un peligro serio para el régimen.

Según se hace público entonces, el plan de operaciones

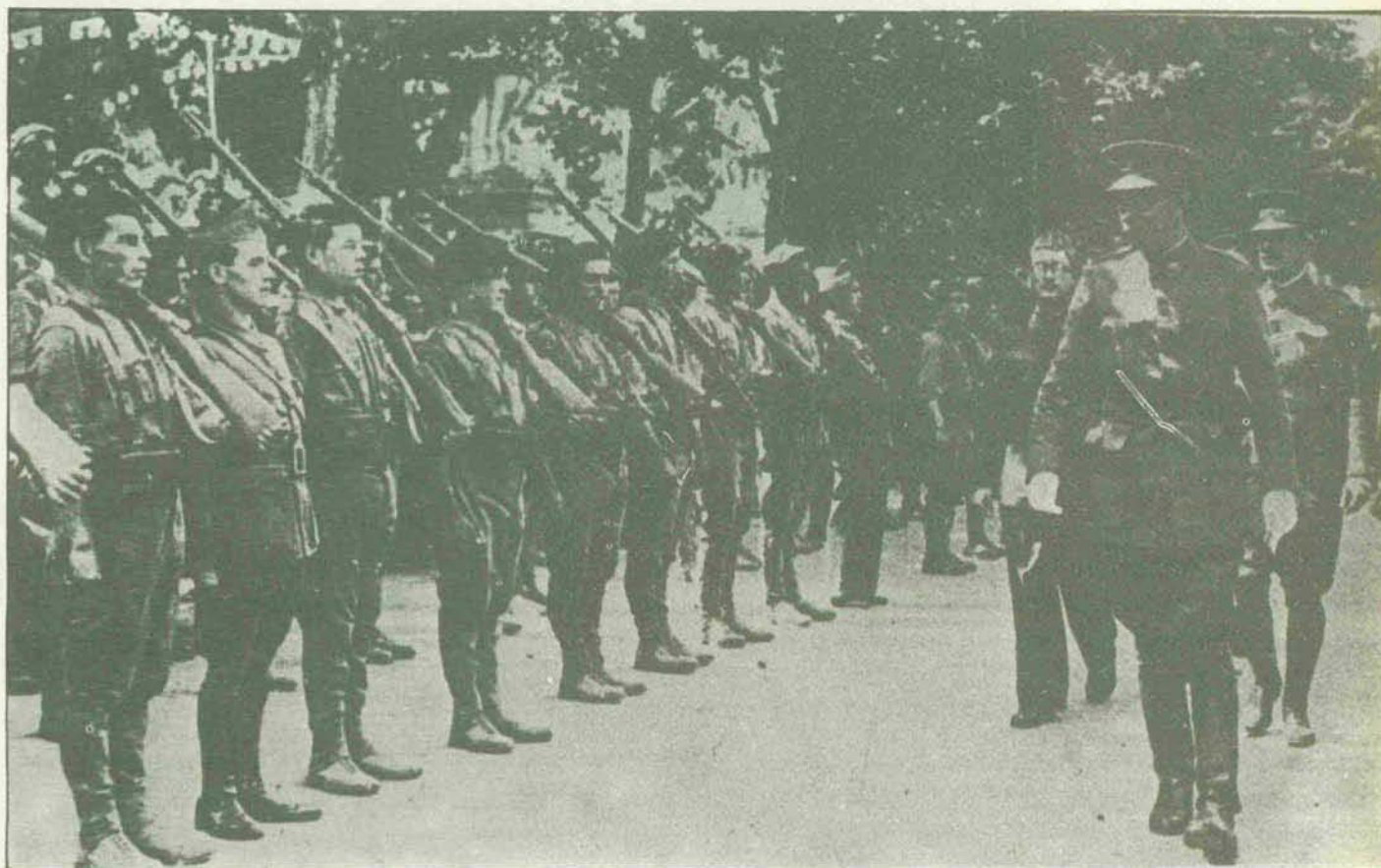
consistía en apoderarse por sorpresa del Ministerio de la Guerra, desde el cual dar órdenes a las distintas guarniciones, y establecer un centro de resistencia en el cuartel de la Montaña para hacer frente al probable levantamiento obrero en favor del Gobierno, en espera de que llegasen a Madrid cuatro o cinco columnas militares distintas que hicieran triunfar la subversión. Según los planes previstos, Sanjurjo, después de apoderarse de Sevilla, se pondría al frente de las tropas que marchasen sobre Madrid. Otros generales —Fernández Pérez, González Carrasco, Barrera, etcétera— harían lo mismo en Burgos, Valladolid, Zaragoza y Valencia, mientras grupos numerosos de requetés, mandados por militares profesionales, dominarían Pamplona

para marchar seguidamente sobre San Sebastián, por un lado, y Aragón, por otro. Alguien ha dicho que el movimiento del 10 de agosto es un ensayo general completo de lo que se hará cuatro años después. Sorprende, en efecto, que el plan de operaciones de 1932 guarde tantas estrechas semejanzas con el de 1936. Incluso se da la curiosa coincidencia de que, en ambas fechas, los dos hombres a quien se encomienda la sublevación de Sevilla ocupan la Inspección general de Carabineros y que, tanto Sanjurjo en un caso como Queipo en otro, gocen hasta ese momento de la plena confianza de los gobernantes republicanos.

En cualquier caso, el movimiento revolucionario o golpe de Estado fracasa en 1932. También fracasa en julio de

1936. Pese a que, en esta última fecha, el alzamiento militar logre éxitos parciales y llegue a dominar una parte del territorio nacional, es indudable que falla en su finalidad primordial, que es aplastar al régimen republicano en un plazo de horas o días. Y falla porque si ha previsto la debilidad e incompetencia de Casares Quiroga para tomar las medidas adecuadas en defensa de la República, no ha valorado debidamente la reacción popular. Iniciada la lucha el 17 de julio, a finales del mismo mes el movimiento puede considerarse —y lo está— totalmente fracasado como asalto rápido y victorioso del poder. La defección de la mayor parte de la flota y el aplastamiento del levantamiento en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao (que deja en manos del Go-

bierno las regiones más industrializadas, ricas y pobladas del país, así como considerables recursos humanos y financieros), constituyen los mayores contratiempos para quienes inician la sublevación. Triunfan, desde luego, treinta y dos meses después, merced a la más dura y sangrienta de las guerras civiles que ha padecido España; triunfan, además, merced a maniobras internacionales y ayudas foráneas con las que **a priori** no puede contar nadie. Pero, como intentona subversiva, como movimiento revolucionario, el alzamiento del 18 de julio del 36 fracasa de la misma manera que antes y después fracasan en España la casi totalidad de los que preparan y ejecutan elementos y fuerzas de izquierda, derecha y centro. ■ E. DE G.



Aunque la afirmación resulte sorprendente, lo cierto es que el alzamiento militar del 18 de julio de 1936 —del que Mola, al que vemos revistando las tropas, fue decisivo iniciador— también fracasó en su finalidad primordial de aplastar al régimen republicano en un plazo de horas o días. Triunfaría, sin embargo, muy posteriormente, a costa de tres años de lucha fratricida que regó de sangre los campos de España.